

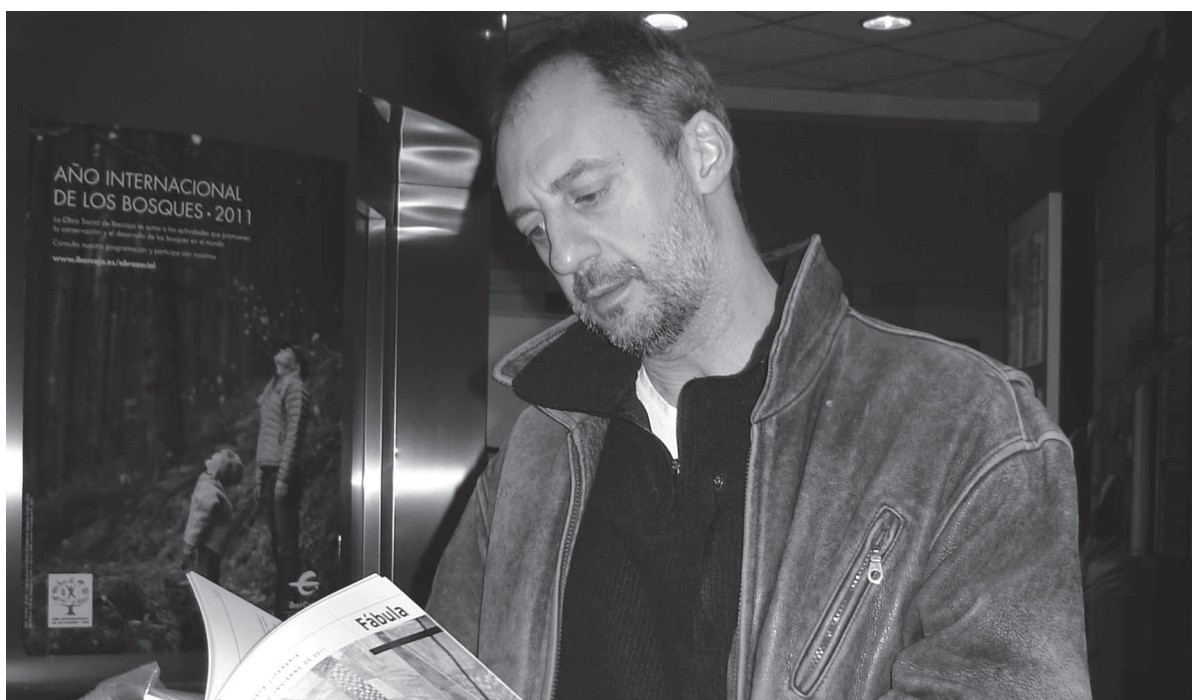
Diego Iturriaga Barco

UN ABRAZO, PROFESOR OREJUDO

No sé usted, amigo lector, pero yo cierro los ojos e intento recordar a aquellos maestros y profesores, que de una forma u otra, bien en preescolar, primaria, secundaria o en la universidad, me han marcado y, sorprendentemente, me sobran dedos de mis dos manos para hacer un listado. Curiosamente, y quizás por ser ya personas maduras y más o menos racionales, es de la Universidad de donde menos recuerdos positivos albergo, cuando en teoría debería ser el centro de enseñanza ejemplar de nuestra sociedad, un lugar de excelencia, un foco de reflexión y debate... pero lamentablemente la universidad posmoderna del siglo XXI no es así y, lo que es más grave, a casi nadie parece importarle.

Por ello, la llegada a Logroño, ciudad de provincias como dirían en tono despectivo algunos intelectualoides que viven en la villa de Madrid, del que para uno es referente de la intelectualidad actual hispánica supone todo un soplo de aire fresco dentro de un fragor cultural mediocre, donde muchos creen que no exista nada más allá de nuestras (invisibles) fronteras o, lo que seguramente es peor, que aquello que exista es indefectiblemente peor. Por ello, visitas como la de Antonio Orejudo son más que bienvenidas.

Uno cree conocer a un escritor a través de los libros que ha escrito o a un articulista a través de sus columnas de opinión. Pero quien esto firma, y a pesar de haber leído y disfrutado parte de





Antonio Orejudo presentó el número 31 de *Fábula*, el jueves 1 de diciembre de 2011

su obra escrita, así como su más que racional columna semanal en un periódico de futuro incierto, seguía teniendo la duda de saber cómo era el profesor Orejudo “en directo”, en el cara a cara, sin el negro sobre blanco por delante... Y aquí el invitado a la presentación del último número de *Fábula* es cuando se retrató: como señor Orejudo por su conciencia ciudadana; como profesor Orejudo por su vasto bagaje intelectual; y como Antonio por su cercanía exponiendo sus puntos de vista y dialogando con aquellos que quisieron hacer uso del turno de palabra.

Tras el acto, y a pesar de no estar previsto, el escritor firmó y dedicó ejemplares a todos aquellos que nos acercamos con nuestros libros en papel (inciso: ¿de qué forma dedicarán los escritores sus libros a aquellos que han decidido comprarlo en formato electrónico?) e incluso pudimos dialogar sobre algunos de los temas tratados en su exposición y que son recurrentes en sus escritos: la locura y la lucidez, la suplantación de la identidad, el diálogo entre la realidad y la imaginación... Y

sobre la lectura, en sus diferentes formatos y dentro de una cultura audiovisual como es la actual, como generadora de conocimientos y de diálogo con uno mismo y con los otros. ¿Cómo leeremos en el futuro? Del discurso de Antonio Orejudo se deja entrever que quizás esa no sea la pregunta más interesante, sino realmente si se leerá en el futuro o no. El soporte es lo menos importante, ya que es el hecho de la lectura en sí lo fundamental, más allá de que sea sobre papel, en tinta electrónica, en una pantalla luminosa o en unas tablillas de madera. ¿Qué nos deparará el futuro en este sentido? Hacer prospectiva es complicado y para ello quizás un diálogo con las nuevas generaciones es fundamental. Lástima que en la sala no hubiera prácticamente presencia de profesores y alumnos universitarios... pero esto (casi mejor) lo dejamos para otro día.

Por todo ello, por hacernos pensar, Antonio, permíteme que parafrasee una de tus últimas columnas de opinión para enviarte “un fuerte abrazo”. Sincero.